



Luisa Sigea

Cintra
Poema latino

(Traducción de Marcelino Menéndez y Pelayo)

Guardan un sitio las hesperias playas
Do, en ebúrnea carroza conducido,
Cuando vence la noche al claro día,
Su radiante corona el sol estivo
Desciñe, y los corceles fatigados
Baña del ponto en los cristales fríos.
Un valle, do murmuran frescas aguas,
Cercan peñascos hasta el cielo erguidos,
El mar dominan y tocar parecen
La etérea cumbre tres enhiestos picos.
Y si no orlaran su cabeza nubes,
Dijérase que en ellos sostenido,
Como en pilares de diamante inmóviles,
Del cielo estriba el eternal zafiro.
Moran allí los Faunos saltadores,
Y el antro de las fieras escondido

Penetra el cazador, de astucia armado,
Que hiere con la madre al cachorrillo.
Sus verdes hojas desplegando el roble
De la intrincada selva en el recinto,
Sombra y morada placentera ofrece
A Silvanos y Sátiros lascivos.
El haya crece allí, crece la encina,
Y el álamo de Alcides escogido,
Y el peral, el cerezo y el castaño
Con las flexibles ramas del corylo.
Y otros dones innúmeros que al hombre
Feliz para sustento ha concedido
La bondad de los dioses inmortales,
Míranse a breve espacio reducidos.
Allí la rubia Ceres por su mano
Enseña a cultivar el suelo opimo,
Semillas lanza, y las alegres mieses
Hace luego brotar del surco hendido.
A la siniestra del florido valle
Por do al Arctos el mundo está vecino,
Alegres pastos a la grey balante
Ofrece Pan en campos extendidos.
La hespéride granada purpurea
Del hondo valle en el recinto esquivo;
Muestra el laurel sus hojas, que corona
Tejen al luchador de premio digno.
Encrespándose da sombra sagrada,
Amado de Afrodita, el leve mirto;
Hállanse al par de bien olientes flores
De Cintra en el vergel frutos dulcísimos.
Se oye el cantar de suave Filomela
Y de la viuda tórtola el gemido,
Y cuantas aves por el éter vagan
Tienen en estos árboles sus nidos.
Llenan la selva sus alegres cantos,
Rosas produce el prado, violas, lirios,
Y la menta aromosa y el romero,
El tomillo, la nepta y el narciso.
De yerba ornados, de verdor y flores
Ríen doquier el prado y el ejido;
Con flores entretejen sus coronas
Las Dríadas, los Faunos fugitivos.
Fúlgida rueda susurrante el agua
Del rudo seno de peñón altivo
A regar en corriente sosegada
El valle melancólico y sombrío;
Forma ancho estanque do las Ninfas bellas
Bañan tal vez sus cuerpos peregrinos,
Cuando la Aurora en su carroza esplende
O cuando al cielo cubre manto umbrío.

Regio alcázar elévase en la orilla
Del lago limpidísimo y tranquilo,
Y desde allí las cándidas doncellas
Prado contemplan y jaral bravío.
Desde allí sus delicias yo admiraba,
En cada objeto el ánimo embebido,
Al tiempo que la Aurora derramaba
Por tierra y cielos su esplendor divino.
Cuando el espejo líquido quebrando
Brotó gallarda Ninfa de improviso,
En voz y aspecto semejante a diosa,
Que con acento blando así me dijo:

-«Salve, doncella de los dioses cara,
¿Qué miras, di, desde la torre erguida?
¿De tu princesa conocer el hado
Quieres, Sigea?»

Y respondí: -«Si los altos Dioses
Cumplir quisieran lo que yo deseo,
A mi señora en los sublimes astros
Vieras alzada.

Oh tú que en rostro, cabellera y ojos,
En leve paso y en mullido seno,
Diosa pareces que el lugar custodias,
Cándida Ninfa,

De cuya boca transparente manan
De aqueste río las serenas ondas,
Tú revelarme el celestial decreto
Puedes acaso.

Dime la suerte que a la virgen regia
Guardan los hados en futuros días,
Cuál la reserva el eternal destino
Tálamo de oro.»

Interrumpíeme con rosado labio:
-«Virgen, escucha, mi verdad no dudes;
Poco ha Neptuno a las etéreas sedes
Me ha conducido.

En el alcázar del supremo Jove,
La ambrosía y néctar en doradas copas
Los inmortales, de fulgor ceñidos,
Ledos gustaban.

Ya retiradas las fragantes mesas,
Por tu señora suplicaron todos,

Para que a cuantas en virtudes vence
Venza en imperio.

Por la Princesa agradecidos ruegan
Minerva docta y el canoro Febo
Y Caliope, del Saturnio padre
Prenda querida.

A éstos amara la gentil doncella
Que sabiamente penetró sus artes;
Con aquel rostro que los cielos calma
Jove repuso:

-«Dioses, gozaos; inmutables yacen
Los altos hados de la excelsa virgen;
Si ve a otras manos empuñar el cetro,
No desespere.

Ya su lugar encontrará el destino;
Con gran fatiga a la elevada cumbre
Logra arribarse; no tolera el cielo
Débiles dioses.

Cual otras, fácil encontrara esposo,
Mas el que a ella destinó la suerte
Lugar ocupa en elevada cima,
Lejos del vulgo.

Feliz el orbe regirá domado,
Cuando a él se enlace la gentil princesa,
Y entrambos polos doblarán la frente
A tu Señora.

Vuela a anunciarle que tranquila pase
Ya sin recelo sus alegres días,
Y a repetirle el que de mí escuchaste
Fiel vaticinio.

No te acongojes, ni temor alguno
Tal vez te impida predecir los hados,
Que por su orden cuanto tú dijeres
Ha de cumplirse.»

-«El tiempo dime del augurio, Ninfa,»
(Yo repliquela) y respondiome aquesto:
«Justo es tu ruego; conocer el plazo
Justo parece.

Díjolo el padre, al terminar la fiesta:
Antes que Febo en su perpetuo giro

Raudo del Cancro al Agocero helado
Pase dos veces,

Ha de cumplirse el eternal decreto.
Feliz entonces, pues sus votos logra;
Llevar al ara la Princesa debe
Sacros perfumes.»

Dijo la Ninfa, y ocultose luego
En rápido, argentado remolino,
Surco trazando, al sumergirse, leve
En las ondas del lago, antes tranquilo.
Y yo que incierta por la infanta estaba,
Sabedora por fin de su destino,
juzgué que a revelarle, disfrazado,
Mercurio descendiera del Olimpo.
Hoy constante es mi fe; por tal augurio
Al cielo entrambas manos hoy dirijo,
Y si se cumple en mi Princesa el hado,
Pienso obtener lugar casi divino.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario